

[fuente: *Revista Española del Pacífico* no. 12, 2001]

Reseña del libro

*Zen hilo rojo. Iluminación, amor y muerte del maestro zen Ikkyu Sojun*

Título original: selección de *Kyoun shu* (?). *Gaikotsu* (1457)

Ikkyu Sojun

Traducción (en parte del original): Pedro Castro

Miraguano. "Textos de la Tradición Zen". 2001.

219 págs. ISBN: 84-7813-224-4

Alfonso Falero

Universidad de Salamanca

No debe pasar desapercibida la contribución que Miraguano está haciendo a nuestras bibliotecas japonófilas. La Colección "Libros de los Malos Tiempos" ha contribuido con algunos clásicos imprescindibles: Basho, Hearn, Musashi, Akutagawa, Saigyō, Soseki, Okakura, Shunsui, Aoyama Shundo. Si bien casi todo son traducciones del inglés, al menos permiten acceso en castellano a algunos autores y obras sin alternativa en otras editoriales. Más aún la colección a que pertenece la presente traducción incluye algunos textos esenciales de la historia del pensamiento zen, como los de Dogen o su discípulo Ejo, Kakuan, etc. Traducciones también del inglés, por falta de traductores que se enfrenten a los originales, supongo.

En el caso de Ikkyu (1394-1481), la traducción es de Pedro Castro. También es autor de la introducción, donde recoge la sentencia de R. H. Blyth (en Fr. Franck, ed. *The Buddha Eye. An Anthology of the Kyoto School*. 1982) sobre Ikkyu: "el monje más destacado en la historia del budismo japonés, la única personalidad nipona comparable a los grandes maestros zen chinos". Por mi parte creo que hay que matizar un par de cosas a esta afirmación tan radical. Estoy con Blyth en que Ikkyu es una personalidad única, pero no sólo del zen japonés, sino de toda la historia del dhyana/chan/zen. Tengo que reconocer también mi propia predilección por este monje maestro/poeta, que por primera vez se presenta en nuestro país como merece, pues hasta ahora sólo se le conocía aquí por el manga (*Ikkyu*. 4 vols. 1995. Hisashi Sakaguchi. Glénat. 1998) y alguna referencia esporádica (ej.: *Palabras zen*. 1994. Marc de Smedt, ed. Ediciones B. 1999: 43). A Ikkyu se le ama en parte como se aprecia a Nietzsche, por ser tremendamente iconoclasta, por llevar la tradición a un punto tal de madurez en que ésta se hace ya irreconocible al lego y al monje. La diferencia es, además de la distancia histórica y geográfica, que Ikkyu es la última palabra del zen, mientras que Nietzsche fue la primera palabra de la nueva era de la filosofía europea. Aparte también de las diferencias de personalidad, a ambos autores se les entiende hoy, con la distancia,

pero no se les entendió en su tiempo. Ikkyu rompió sin violencia, prácticamente con todo, no cumplía ningún precepto de la vida monacal, y se jactaba de ello, pero irradiaba un glamour, una espiritualidad que hacía que no se le pudiera tomar a broma. No me parece, sin embargo, acertado incluir a Ikkyu entre los grandes maestros del chan/zen y no a Dogen (1200-1253), el mejor filósofo zen de todos los tiempos. Además de ser desacertado comparar a los maestros del zen con los del chan, pues el zen japonés evoluciona en direcciones que el chan chino desconoce. Ni hay un Dogen en China, ni un Ikkyu.

Sorprendente en la “Introducción” es la siguiente afirmación de P. Castro: “esta muestra permanece válida como indicadora de las posibilidades congénitas que posee el Zen para desarrollar un enfoque propiamente *tántrico*, sendero todavía por forjar y que Ikkyu osó hollar con el sagaz desparpajo del pionero” (11). Esto es lo que se llama llevar las aguas al molino propio. Aunque el autor apoya esta afirmación con una nota matizadora y algo de bibliografía, he de dejar claro al lector que toda conexión de Ikkyu con el tantrismo es históricamente indemostrable y filosóficamente aún está por estudiar (como reconoce el mismo traductor).

A continuación se nos ofrece en la “Introducción” una exégesis inspirada en la metáfora tántrica del mandala, primero de su biografía psico-espiritual, y después de las claves de su pensamiento. Se trata de un ensayo original del traductor, que presenta originalidad en su apropiación de la figura intelectual de Ikkyu, pero que tiene carácter especulativo, en la línea de la transmisión de *sabiduría*. La figura de Ikkyu aparece a su vez *iluminada* haciendo recurso por igual de antecedentes de su línea en el chan chino como en el tantrismo indio o japonés. De este modo se suspende el problema de la veracidad histórica de tal comprensión de Ikkyu, pues estamos en el plano de la apropiación *intuitiva* y no de la historiografía. Ello no quiere decir que la interpretación del traductor sea gratuita, pues está bien documentada, con un cuerpo de notas consistente. Sólo que da la impresión de que el zen sea una derivación directa y consumación del tantrismo, lo cual es históricamente falso, y en todo caso esta posición requeriría de un sustento teórico y documental imposible para una introducción.

El título *Zen hilo rojo* no corresponde a ningún original, es propio de esta selección de textos de Ikkyu.

El término “hilo rojo” encierra un triple significado: por un lado alude al cordón bermellón empleado para unir simbólicamente a los contrayentes en las ceremonias nupciales chinas, igualmente se utiliza como metáfora del cordón umbilical que une el feto a su madre y por ende, también hace referencia a la unión afectivo-sexual previa que ha hecho posible el nacimiento (47).

Por tanto, *hilo rojo* parece hacer referencia al *vitalismo* zen de Ikkyu. El mismo Ikkyu titula a uno de

sus poemas “Bajo los pies, el hilo rojo” (KS, 128). Aquí la *pasión* se afirma en su valor transgresor de la *regulación* de la vida monacal.

En definitiva se trata de una traducción de un apreciable valor filológico, con un texto bien apoyado con valiosas ilustraciones, incluyendo muestras de la caligrafía del autor, y con una interesante bibliografía final.

Ikkyu es apreciado en la historia del zen por la libertad de su concepción de la relación maestro-discípulo, ilustrada por la famosa anécdota que nos refiere el prestigioso budólogo Abe Masao (*Zen an Comparative Studies*. 1997: 81), y contenida también en la “Introducción” a *Zen hilo rojo*:

“Una noche de verano, nuestro maestro escuchó el graznido de un cuervo y alcanzó la iluminación. Relató rápidamente a su maestro lo sucedido y Kaso respondió: ‘Joven novicio, has alcanzado el nivel de un Arhat, pero no el de un Maestro’. Ikkyu replicó: ‘Entonces me siento perfectamente feliz de ser un Arhat y no necesito ser un Maestro’.

Kaso respondió: ‘Bien, en ese caso eres realmente un Maestro’... (26).

El rol de Ikkyu en el camino de la popularización del zen fue fundamental. Siguiendo los pasos de Gettan Soko (1326-1389) y de Bassui Tokusho (1327-1387), fue sin duda el monje más relevante del periodo Muromachi (Abe, 1997: 239-40). En él prevalecieron los dos rasgos de autenticidad y anti-autoritarismo.

Sobre el *satori* Ikkyu escribió lo siguiente: “¿qué diremos que es el *kokoro* (fuente de la conciencia)? Es el sonido del viento en los pinos del *sumie* (dibujo de tinta)” (Sueki Fumihiko ed., *Zen to shisō*. Pelikansha. 1997).

Como conclusión no podemos más que celebrar que la Colección “Textos de la Tradición Zen” nos vaya proveyendo sucesivamente de textos absolutamente claves para el estudio del pensamiento oriental, tan desconocido en nuestras universidades. La presente edición de Ikkyu es, como dicen en inglés, un *must* para los interesados en la filosofía japonesa.

Alfonso Falero Folgoso 2001